

•••

José Luis Juárez López, *La invasión a Veracruz en 1914, registros escritos y visuales*, México, Museo Nacional de las Intervenciones-INAH, 2015

Leticia Rivera Cabrieles*



Como suele ocurrir cuando se escribe historia, la elección del tema implica la búsqueda de fuentes y éstas pueden conducirnos a explicaciones distintas a las ya existentes. Así se crea y enriquece el conocimiento histórico, el cual, como han apuntado grandes historiadores, siempre está en un continuo proceso de construcción y transformación.

Es el caso de este libro, el cual rompe con viejos paradigmas, ya que su autor ofrece un análisis historiográfico cuidadoso de lo que se ha escrito sobre el tema a lo largo de un siglo y la forma como se ha conmemorado este suceso histó-

*Capitán de Corbeta de la Secretaría de Marina, Armada de México, y subjefta de Investigación e Integración del Acervo Histórico de la Unidad de Historia y Cultura Naval (cabrieles67@hotmail.com). Texto leído en la presentación del libro realizada el 13 de octubre de 2015 en el Aula Magna del Centro de Estudios Superiores Navales.

rico. La obra del doctor Juárez López se convierte en una aportación valiosa para la historiografía nacional por diversas razones que explicaré a continuación.

El primer mérito de la obra radica en la elección del tema, pues se trata de un hecho histórico que a pesar de su indiscutible relevancia ha sido poco abordado por la academia y, en consecuencia, resulta muy poco conocido por la sociedad. La explicación que ofrece el autor sobre este hecho es que, al producirse la invasión de 1914 en medio de la Revolución mexicana, el tema quedó subordinado al gran relato del proceso revolucionario, el cual generó una gran cantidad de obras que analizan la guerra civil. Por eso el gran acierto aquí es el rescate de una de las intervenciones menos tratadas en la historia de México.

Debido a estas razones, la invasión de 1914 aparece como un subtema general de la Revolución mexicana, pero también del pasaje histórico de las intervenciones y como parte de la historia de las cuatro "H" de Veracruz.

Las tres agresiones que sufrió y las tres "H" que se ganó este puerto antes de la invasión de 1914 han producido una cantidad importante de estudios de tipo académico, mientras que el estudio de esta última por los especialistas ha sido indiscutiblemente menor y su tratamiento se ha dado desde el ámbito de la novela y de una narrativa episódica que no involucra un marco teórico de análisis. Por lo tanto, esos estudios ofrecen una explicación limitada sobre la verdadera significación de esta guerra.

En este mismo tenor, el autor señala de manera acertada que al tema se le ha nombrado por lo general como "segunda invasión". Esta interpretación otorga en forma implícita una importancia secundaria a la invasión de 1914 si se le compara con la guerra de 1846-1848, en virtud de que México perdió 55% de su territorio nacional en ese conflicto.

En el mismo sentido de darle una importancia secundaria, algunos estudiosos han calificado a este evento como "intervención", ya que alude al hecho de que Estados Unidos se inmiscuyó en los asuntos internos de México. Lo hay quienes prefieren el nombre de "invasión", dada la presencia de fuerzas armadas, y algunos incluso afirman que fue una "ocupación", ya que las tropas estadounidenses permanecieron en el puerto durante siete meses.

Al respecto, debo apuntar que si bien se trató de una clara "intervención, invasión y ocupación" al puerto de Veracruz, en lo personal elevaría este conflicto bilateral a la categoría de guerra, ya que involucró variables de tipo diplomático, político, económico, social e incluso ideológico y cultural. Al verse afectados los grandes intereses estadounidenses por la rivalidad económica con las potencias europeas y la política de contrapesos que siguieron los gobiernos de Porfirio Díaz, Francisco Madero y Victoriano Huerta, lo cual se agravó con el proceso revolucionario, el país vecino del norte respondió con una intervención constante en los asuntos nacionales que se materializó en forma nítida y abierta con el incidente de Tampico, el cual desembocó en una invasión armada en el puerto de Veracruz e implicó un desembarco naval y diversas batallas en el distrito ribereño y en el resto de la ciudad que arrojó un número de muertos y heridos de ambos lados que hasta la fecha no se ha precisado con exactitud.

Esta guerra provocó la ocupación del puerto por siete largos meses, tiempo en que los veracruzanos ofrecieron una aguerrida resistencia. Siete meses de administración del puerto en que se cobraron impuestos por parte de los estadounidenses y, por si fuera poco, se impuso la ley marcial en varios momentos.

Sí todo lo anterior no afectó la soberanía nacional ni -para plantearlo en térmi-

nos modernos— los derechos humanos o garantías individuales de los habitantes del puerto de Veracruz, si no se trató de una guerra en vista de que se minimiza el acontecimiento bajo el argumento de que sólo ocurrió en el puerto de Veracruz, me pregunto entonces cómo podemos llamar a este conflicto que rebasó la simple connotación de los términos “intervención”, “invasión” y ocupación”.

Un segundo acierto de la obra es la revisión historiográfica del autor sobre la forma como se ha escrito y documentado el tema a lo largo de cien años, así como sobre el uso de la fotografía que generó. Así, ofrece al lector los imaginarios colectivos que se construyeron en torno a la invasión. En este sentido, señala que periódicos y revistas de la época como *El Imparcial*, *El Diario*, *La Opinión*, *La Unión* y *El Mundo Ilustrado* fueron los primeros en documentar el hecho en México.

Sin embargo, muy pronto apareció otro tipo de registros. Tal como ocurrió con el tema de la Revolución, surgieron novelas y cuentos. No mencionaré las obras que cita el autor, pues el libro lo hace de una manera magistral. Sólo apuntaré que la problemática común que arrojan estas obras es que durante muchos años no fueron leídas como lo que son: literatura con su respectiva dosis de ficción; al contrario, fueron tomadas como documentos testimoniales, lo cual complica el análisis histórico.

Por otra parte, de manera temprana surgió asimismo una investigación que se convirtió en el relato por excelencia. Me refiero a la obra *La invasión yanqui de 1914*, de Justino Palomares, citada en múltiples ocasiones como una crónica fiel de lo acontecido en Veracruz y donde se enfatiza en la recuperación del puerto por parte de los carrancistas, lo cual no resulta extraño, ya que el autor pertenecía a esa facción. La obra de Juárez López imprime un sesgo al relato histórico, ya que, al ser carrancista, Palomares no

rindió los merecidos honores al comodoro Manuel Azueta por el simple hecho de que pertenecía a la armada federal.

El autor de la obra precisa que sería terrible no apuntar que con el paso de los años han surgido versiones muy bien documentadas por la academia, aunque son las menos y no constituyen el objeto de estudio del libro. Entre éstas cabe mencionar las investigaciones publicadas con autoría de Isidro Fabela, Berta Ulloa y Gastón García Cantú, entre otros, a las que agregaría las de Martha Strauss y Alicia Mayer. El único reparo que encuentro en esas obras es que subordinan el tema al gran relato de la Revolución mexicana y su análisis se centra primordialmente en los enfoques diplomáticos y políticos, sin tomar en cuenta todas las dimensiones del conflicto.

Respecto al material gráfico sobre la invasión, Juárez López explica que en su gran mayoría no está definido por su contenido, al implicar productos visuales colectivos que aparecen atribuidos a dos o tres fotógrafos, y en muchos casos no registra la autoría. Son imágenes que han tenido una gran circulación y que, por el hecho de ser muy conocidas, no se cuestionan; por ejemplo, del lado mexicano muchas de las fotografías no fueron tomadas en el momento, sino que se capturaron después de los hechos que pretenden mostrar e incluso se trata de fotografías actuadas. En suma, las imágenes captadas por los estadounidenses tuvieron como fin exhibir su poderío, mientras que del lado mexicano se mostró a los héroes nacionales y el rechazo a la invasión.

Un tercer mérito del libro radica en que permite conocer la forma como se han llevado a cabo las ceremonias conmemorativas sobre este hecho histórico, reflejando en lo general el poco interés por parte de la sociedad y de las autoridades sobre el tema.

Así, el autor relata que en la década de 1920 había muy poca información; que

para 1933, en su calidad de secretario de Guerra y Marina, el general Lázaro Cárdenas condecoró a un grupo de ex combatientes, y que entre los invitados especiales se encontraban las madres del teniente José Azueta y el cadete Virgilio Uribe. También explica que durante esa ceremonia Justino Palomares denunció que muchos de los defensores se estaban muriendo de hambre y que otros tantos se hacían pasar por héroes. En 1964 llegó el quincuagésimo aniversario y se organizó un homenaje al estilo gubernamental, de franca promoción política. Los festejos posteriores a ese año fueron cada vez menores. No se volvió a retomar con seriedad hasta 2014, en el marco de la celebración del centenario organizado por el Gobierno del Estado de Veracruz y la Secretaría de Marina. Sin embargo, fue evidente que no existió interés a nivel nacional.

Por último, el cuarto mérito del libro es que cumple con un gran cometido como parte del centenario de este hecho histórico, ya que propicia el rescate de algo que parecería insignificante y trivial, si bien tiene la mayor de las importancias: me refiero a la identidad nacional.

Esta tarea no ha resultado nada fácil por la forma como se reconstruyó este hecho histórico y el maniqueísmo que ha tenido, convirtiéndolo en una historia de buenos y malos no sólo respecto a Estados Unidos, sino también del lado mexicano. Así, por ejemplo, entre los “malos” están Victoriano Huerta, culpable de todo lo ocurrido a México en el periodo de su gobierno; el general Ignacio Morelos Zaragoza, por permitir la detención de los marinos del *Dolphin* en Tampico, y Gustavo Maass, por ordenar que las tropas mexicanas se retiraran. Poco se dice, por ejemplo, que este último ordenó la primera defensa en el distrito ribereño con los regimientos de los tenientes coroneles Manuel Contreras y Albino Cerrillos, quienes junto con los voluntarios y los rayados dieron las pri-



meras batallas. Los “buenos” fueron los integrantes del ejército constitucionalista que recuperaron Veracruz, entre ellos Venustiano Carranza, Heriberto Jara Corona, Cándido Aguilar e Isidro Fabela.

Pero ¿dónde están los marinos y los alumnos de la Escuela Naval?, se pregunta el doctor Juárez López. La respuesta que nos ofrece es que han sido tratados en calidad de héroes a medias, los cuales han permanecido a la sombra desde hace medio siglo. Respecto al comodoro Manuel Azueta, señala que fue visto y tratado como un marino incómodo por ser huertista, a pesar de que fue uno de los grandes marinos mexicanos del siglo xx, con una preparación extraordinaria en su campo y complementada en el extranjero. Su arenga “¡A las armas, muchachos, la patria está en peligro!” y la dirección que dio a los alumnos y personal de la planta de la Escuela Naval para su defensa han sido poco valoradas.

Por otra parte, el cadete Virgilio Uribe forma parte de un número muy reducido de jóvenes mártires, ya que se convirtió en el primer inmolido de la Marina, al morir el 21 de abril. En el caso del teniente José Azueta, es de destacar que sus funerales pasaron a la historia local como un gran acontecimiento. El doctor Juárez López señala que, al igual que el general Anaya en Churubusco, el teniente Azueta dejó una frase memorable cuando los invasores se presentaron en su casa: “De los extranjeros no quiero nada, ni la forma de salvar mi vida”, si bien otros afirman que lo que en verdad dijo fue: “Que se larguen esos perros. No quiero verlos”.

No obstante sus merecimientos, Azueta y Uribe no se han convertido en “niños héroes”, pues ese rango no se obtiene por decreto y la historia académica e incluso la oficial no se los ha concedido. Durante la celebración del centenario se pretendió otorgarles tal estatus: sólo el tiempo lo dirá.

Por último, quiero señalar que, efectivamente, se cumplió una centuria de una guerra más que tuvimos los mexicanos contra Estados Unidos; una vez más una guerra injusta que se dio bajo la conducción de grandes marinos y soldados representados en las figuras de los contraalmirantes Mayo, Fletcher y Badger, así como del general Funston, contra una población civil indefensa y unos cadetes navales que eran casi niños, que no tenían más que una preparación teórica de la guerra, sin que jamás hubieran estado en un escenario real de combate.

Las operaciones desarrolladas en Veracruz mostraron el poderío naval y militar de Estados Unidos y significaron uno más de sus triunfos en las diversas intervenciones armadas que llevó a cabo en América Latina para consolidar su posición hegemónica en el continente. Esta guerra debe ser vista como una muestra del poderío industrial y económico de aquella nación. Por eso, aunque sólo se haya desarrollado en Veracruz, la guerra contra nuestro país fue un acto de agresión imperialista contra un Estado débil, económica y militarmente hablando.

Hace un año se rindió un sentido homenaje a hombres, mujeres, niños, reos, policías, miembros del ejército federal y de la Marina, todos ellos defensores del puerto de Veracruz. Esperamos que el centenario y obras como la del doctor Juárez López –auspiciada por el Museo Nacional de las Intervenciones y Machina Tempo– sirvan para que el tema no caiga de nuevo en el olvido y que generaciones futuras reconstruyan esta parte de la historia de México de una manera más científica, sin olvidar el lado humano, ya que este conflicto ocasionó la pérdida de seres queridos y, por ende, sufrimiento, pero a la vez despertó un sentimiento de unidad a pesar de que México estaba dividido y convulsionado por la Revolución. No obstante el cisma interno que padecía nuestro país en 1914, la invasión estadounidense

a Veracruz amalgamó un sentimiento de unidad nacional que no debemos olvidar como mexicanos.

Esperamos que esta obra, producida en el marco del centenario de la guerra entre México y Estados Unidos, genere nuevas líneas de investigación y se dimensione, por parte de la academia y la sociedad entera, su importancia en la historia nacional.

•••

Miguel Vallebuena, José Luis Punzo y Bridget Zavala (coords.), *De cocina y tradiciones. Un acercamiento a la geografía histórica del sabor duranguense*, México, Universidad Juárez del Estado de Durango, 2013

José Luis Juárez López*



El 25 de febrero del año en curso se presentó en el Museo Nacional de las Intervenciones el libro *De cocina y tradiciones. Un acercamiento a la geografía histórica del sabor duranguense*. Durante el evento se subrayó por parte de los presentadores, Yuriria Iturriaga y quien esto escribe

* Investigador, Museo Nacional de las Intervenciones, INAH (joseluisjuarezlopez@prodigy.net.mx).

que la nueva propuesta llena un hueco en lo que a historia culinaria total del estado de Durango se refiere.

Esta reseña tiene entre sus fines hacer un reconocimiento al arduo trabajo del equipo de investigadores de la Universidad Juárez del Estado de Durango, de El Colegio de Michoacán y del Centro INAH Durango, que es coordinado por Miguel Vallebuena, José Luis Punzo y Bridget Zavala. En esta investigación observamos una gran secuencia histórico-culinaria prologada por el doctor Guy Rozat Dupeyron, realizado con numerosas fuentes de archivo que ahora se lanza como discurso al país.

Como otras de la provincia, la cocina de Durango es una estructura subordinada al gran relato de la cocina mexicana, ya que fue necesario que ésta se consolidara para que luego se enfocaran sus componentes regionales.

Las referencias a la cocina duranguense desde el centro del país siempre habían sido escuetas. Durante el inicio de la década de 1930 se inició, a paso lento, el primer reconocimiento de las distintas cocinas de México cuando sólo se señaló un puñado de ellas y la que nos ocupa no se incluyó en la lista.

En 1946 la geografía culinaria de este país se completó con la mención de al menos un platillo de cada estado y territorio. A este estado norteño se le mencionó como la cuna del caldillo duranguense, el asado de venado, las puchas y el dulce de pasta de almendra.

En la década de 1950 operó el enlistado de lo que cada cocina del interior del país tenía para ofrecer, y lo que se señaló para esta entidad no se agrandó. En los años subsiguientes se mantuvo así, como se observa si se revisan, por ejemplo, *Las senadoras suelen guisar*, publicado en 1964, o *Tradiciones regionales*, presentado por la editorial Clío en 1997. Hoy celebramos la aparición de esta obra, la cual viene a romper el cerco estereotipado en

